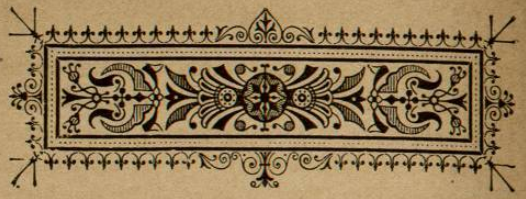
HISPANOAMERICANOS

I. Á VUELAPLUMA, Y ALGO DE TODO.—*El Sermonario* del P. Rafael Cáceres, S. I.—Viajes de D. Carlos Walter Martínez.—*Literatura argentina*, de S. Echegaray.—D. Gabino Vázquez y su *Buscapié Cervantino*, *El Manco de Lepanto*.—D. Emeterio Valverde Téllez.

II. D. JOSÉ MARÍA VIGIL.—Sus Impresiones *literarias* acerca de Lope de Vega. ¿Tuvo Lope de Vega ribetes y puntas de librecultista?

III. D. LUIS N. DE PALMA.—El poeta.—Las poesías.



I

Allá en el continente americano hay mucho español, mucho nuestro. Semillas que el espíritu conquistador y civilizador de los Reyes Católicos y la Casa de Austria sembró, y que ha producido inmensa mies, mezclada con cizaña extranjera, pero al fin y al cabo, mies nuestra. Aquella lengua, aquella civilización, aquellos hábitos nos hablan de España, y aquel pueblo perdido en pampas eternas y en fragosas cordilleras parece que duerme, y que al despertar pregunta por sus castellanos, por sus misioneros, por sus civilizadores, por sus padres.

Por eso todo lo americano nos es propio. Por eso su literatura nos es propia: será, si se quiere, autónoma; será más, será dominadora; pero es nuestra, como es griega la literatura de Roma en el siglo de Augusto.

Lástima grande que algunos americanos busquen en dialectos exóticos la nueva literatura americana, y no la busquen en las entrañas mismas de su cultura, que es esencialmente hispano-católica. Pero ¿qué es de maravillar? Sufren ellos con nosotros y como nosotros la malaltía moderna. Es epidemia de la raza. Ya pasará.

Y muestras de que pasará, y de que pasará acaso más cedo de lo que algunos seudoprofetas quieren ver, es la producción literaria.

Siento mucho que haya llegado muy poca á mi conocimiento, porque así nos privamos los españoles del placer de saludar y alabar á nuestros hermanos en lengua y civilización, y de los ejemplos que nos alentarían, ya que tanto lo habemos menester.

Pero aun esto poco que conozco viene y ha venido á mis manos entre protestas expresas ó tácitas contra el decadentismo y modernismo francés, de que es abanderado Rubén Darío, el cubano J. M. Heredia, y á quien sigue lo que también por allá ha dado en llamarse la juventud intelectual.

En cambio, hay mucho, y de toda América, que no es así.

De Colombia es el sermonario en tres tomos del P. R. Cáceres, de nuestra Compañía, tan culto, tan razonado, tan serenamente clásico, que parece escrito antípoda de los modernistas; de

Montevideo son los viajes de D. Carlos Walker Martínez, tanto *Por la América del Sur* como las *Cartas desde Jerusalén:* en el primero de estos libros, al ir visitando aquellas regiones desde Colombia á Montevideo mezcla el autor en sonora y gráfica prosa castellana sus impresiones de excursionista con sus recuerdos históricos, lo antiguo con lo presente, la tradición y la leyenda, la evangelización y la independencia, sin dejar de dedicar dolorido recuerdo á las misiones paraguayas, justo anatema al *ukase* de un rey jansenista. En el segundo librito prescinde el autor de naderías ortográficas, aceptando el uso corriente con sus esplendideces y pleonasmos fonéticos, y en la misma llena prosa varonil de los otros relatos cuenta á su esposa sus afectos en la Tierra Santa, encendidos al choque de la realidad y con la lectura de los Profetas y de los Evangelios, resultando así un verdadero libro apologético.

De la misma República Argentina es el alegato del señor canónigo S. Echegaray en pro de la antigua cultura española, estudiando cómo oponerse al pedantismo modernista que quiere invadir la literatura del Plata; su título es *Literatura Argentina*, su forma la de un discurso, y de allí, por último, las preciosas poesías de D. Luis N. de Palma.

No son menores ni menos castizas las señales de vida literaria que conocemos de Méjico.

De Mérida del Yucatán, con ocasión sin duda del centenario del *Quijote*, se han sucedido varios opúsculos literarios que merecen nuestro agradecimiento. *El Buscapié Cervantino*, de D. Gabino de J. Vázquez, aunque equivocadamente dedicado á la Institución libre de Enseñanza, cuyo espíritu es tan anticatólico y antiespañol como anticervantesco, es ya una protesta de fe española, y vulgariza la refutación hecha por estas tierras y por plumas magistrales, que cita el autor, de la patraña soñada por Adolfo de Castro del malaventurado Buscapié; *El Manco de Lepanto* es otro folletito, en que prueba el mismo escritor cervantista lo de la manquedad de Cervantes, negado por otro escritor de cuyo nombre no puedo acordarme. Me dió lástima que apelara el señor Vázquez al soneto dudosísimo de Lope,

> Pues nunca de la Biblia digo le—,

cuando, si buscaba textos en Lope, *La viuda valenciana*, que tiene, refiriéndose á la *Galatea*,

> Es de Miguel de Cervantes,
> Que allá en la Naval perdió
> Una mano.....,

y el *Laurel de Apolo*, que elogia la poesía de Cervantes con este pareado:

Porque se diga que una mano herida
Pudo dar á su dueño eterna vida.....,

le podían haber henchido las medidas.

Mejicano también el canónigo D. Emeterio Valverde Téllez, es autor de varias obras de cultura filosófica, y últimamente de la que titula *Crítica filosófica*, donde estudia bibliográfica y críticamente, tejiendo un catálogo razonado de ellas, las obras de filosofía escritas, traducidas ó publicadas en Méjico desde el siglo XVI hasta nuestros días. Había ya este laborioso autor empezado esta meritoria empresa en unos que llamó *Apuntes*, coronándola ahora con este libro, donde tributa justo elogio á la acción civilizadora española, y se muestra justo apreciador del valor y de la importancia de la filosofía escolástica.

Por fin, mejicano es D. José María Vigil, autor de la *Reseña histórica de la poesía mexicana*, introducción á la *Antología de poetas mexicanos*, obra que tengo el pesar de no conocer, y un estudio acerca de Lope de Vega, que el autor bautiza con el modesto nombre de *Impresiones literarias*.

De esta obra, que es de crítica literaria, y de las *Poesías* de Palma, me voy á permitir sendos, aunque cortos artículos.

II

Las *Impresiones literarias* están escritas con singular amor y simpatía por nuestro gran poeta; amor y simpatía que los españoles debemos agradecer.

Merece algunas líneas para corresponder al amor simpático con que está escrito y á la gran estima que del inmortal poeta hace.

Cuando habla por su cuenta el Sr. Vigil, cuando nos dice la resonancia que en su corazón de niño tuvieron las adobadas mentiras y el estudio calumnioso de Lope que hizo Hermosilla y propalaron sus repetidores; cuando nos cuenta su despertar á la realidad, su desengaño al caérsele de los ojos las escamas de la preocupación, su sorpresa al engolfarse en la lectura de Lope, su deseo de excitar á sus compatriotas á que se llamen á engaño como él y lean y estudien y no se fíen de sus viejos engañadores; entonces el Sr. Vigil es un eco de la vieja raza española, y no puede menos de excitar nuestra admiración y recabar nuestro aplauso.

Con no común sagacidad va el crítico mejicano anatomizando sus juveniles juicios acerca de Lope de Vega, «cuando cursaba todavía las aulas de la Universidad de Guadalajara», y

cayó en sus manos el *Tesoro*, de Ochoa, por el cual fué iniciado en el estudio real y verdadero de Lope de Vega:

«Las críticas que con sañuda persistencia le prodiga D. José Gómez Hermosilla, en la obra que me inició en el estudio de las bellas letras, habían dejado en mí un fondo de preocupaciones, al través de las cuales se me presentaba el gran dramaturgo como un genio extraviado, casi bárbaro, que en el ciego empeño de producir sin tino y sin meditación había sacrificado todas las reglas del buen gusto» (1).

¡Es de tantos esa preocupación! Ó mejor, fuimos tantos los que bebimos esas primeras y turbias aguas, que al retratarse el Sr. Vigil, se puede consolar con que hace un retrato de toda la juventud amamantada á los pechos del seudoclasicismo, cuyo Licurgo se hizo Hermosilla.

La lectura, empero, desengañó bien pronto á nuestro americano, como ha desengañado á cuantos la han acometido, y desengañará á cuantos, dudando de estos magisterios, nada infalibles, se decidan á estudiar en las fuentes literarias sin jurar sobre la palabra del maestro.

Simpático por demás aparece el corazón del Sr. Vigil al confesar de plano sus primeros errores y sus desengaños posteriores. Leía á Lope, y Lope hablaba á su oído, y la vieja

(1) Págs. 1-2.

caricatura de Lope se esfumaba, se esfumaba, se perdía por completo, y el leyente admirado caía ante Lope, con el libro delante, exclamando:

«¡Qué vida! ¡Qué animación! ¡Qué interés! ¡Qué movimiento en ese mundo de seres reales ó ficticios, mas todos humanos! ¡Qué destreza en el modo de complicar y deshacer el nudo de la acción, y qué palpitante interés del principio al fin del drama!

»Claro es—continúa reflexionando sobre su admiración—que semejantes cualidades bastan para absolver los llamados extravíos de Lope, y para que consoliden el alto pedestal sobre que se alza la colosal figura de aquel genio inconmensurable, cuyas obras á poco andar habían conquistado por completo mi admiración y mis simpatías; porque debo decir desde luego que en el creador del Teatro español no sólo se admira al poeta, sino que se ama al hombre.»

Tras esta miniatura del gran poeta sigue el estudio de algunas obras suyas. Como fundamento, *El arte nuevo de hacer comedias*, donde el autor, razonando á Lope, deshace las pretendidas reglas de la escuela clásica, y con Lope siempre en la mano establece las reglas del arte llamado romántico, y que, hablando con rigor, en Lope no es tal arte romántico, sino el arte español, natural, si vale esta junta de palabras, ó sea aquel arte que brota espontáneo del alma que siente su ideal, y que con palabras y recursos escénicos la quiere representar, y no aquel arte artificial, arte de escuela,

que procede de una convención que suplanta á la naturaleza. Por eso pudo muy bien añadir el Sr. Vigil esas pretendidas infracciones del convencionalismo escolar se hallan en el arte francés preraciniano, y en el arte inglés, y en el teatro alemán, y aun ya se va cayendo en la cuenta de que no faltan en el arte griego, como las hay en las piezas más ó menos dramáticas que se encuentran, restos de las civilizaciones y literaturas asiáticas y egipcias.

¿Quién seguirá, por mas que mucho se deleite en ello, al crítico mejicano en el análisis del teatro de Lope? Los combates del amor, tan frecuentes en las creaciones del gran poeta, adquieren especial realce en la típica figura de Macías, el enamorado que con tanta sagacidad describe Lope en *Porfiar hasta morir*, que es uno de los en que se detuvo el Sr. Vigil; admira la energía de la dama generosa y amante de su honra, destacando del cuadro general la heroína de *La corona merecida;* aplaude debidamente los grandes caracteres del padre y del hijo, protagonistas de *Los Tellos de Meneses;* de Juan Labrador en *El villano en su rincón;* ni titubea en dar su debido aplauso á Peribáñez, y llega á lo más culminante de la admiración en la lucha espartana de *Fuente Ovejuna.*

El Sr. Vigil, concretándose á la literatura castellana, hace ver cómo la resurrección romántica de principios del siglo XIX no fué, en lo que no tuvo de exagerada y calenturienta, sino un retornar á la escuela y á los cánones establecidos por Lope de Vega, á la soltura y arte del diálogo, hasta ahora no superado por ningún dramaturgo, á la tragicomedia en el actual y usadísimo drama, á la libertad y amplitud en el lugar y tiempo con la proscripción de las cacareadas unidades, al género heroico y aun sacro con las creaciones de *El Trovador*, *Don Álvaro* y *Don Juan Tenorio.*

«Día llegará—concluye el Sr. Vigil, con ardor que honra la raza y la lengua,—día llegará en que el oído se acostumbre de nuevo á deleitarse con aquel lenguaje conceptuoso y correctísimo; en que el raudal de poesía allí encerrado venga á avigorar la imaginación, hoy estragada con los abusos de un realismo intemperante, y en que la figura colosal de Lope vuelva á ocupar el grandioso pedestal que le erigió la justa admiración de sus contemporáneos» (1).

* * *

(1) Pág. 29. «El unánime entusiasmo con que el público de Méjico saludó la representación de algunas piezas de Lope, Calderón de la Barca, Tirso de Molina y Moreto, puestas en escena por la compañía de María Guerrero, prueba con toda evidencia que las obras maestras del antiguo Teatro español tienen esa vitalidad imperecedera que acompaña á las producciones del genio.» (Nota del A.), que copiamos en honor del culto público mejicano, y por si puede servir de estímulo dentro de nuestra propia casa.

¿Han de ser todos elogios los que se tributen á este libro?

Bien se puede afirmar que sí, porque los puntos sobre que se debe llamar la atención del sagaz crítico son, más bien que errores suyos, restos y relieves de preocupaciones no menos generalizadas hoy día que allá á mediados del pasado siglo las estrechas y matadoras doctrinas de Boileau, Moratín y Hermosilla; y dada la sinceridad con que el Sr. Vigil confiesa su error literario, es de esperar que no tenga rubor en deshacer también sus nieblas filosóficas.

Porque se admira de la ingenua libertad de los personajes de Lope de Vega, de su tesón y carácter, aun en hacer rostro á pretensiones excesivas de los monarcas, y del desahogo con que se expresan al limitar el poder real por el supremo bien de sus vasallos, para el cual los reyes eran, y no viceversa.

Y en este punto confesamos que quien se forme idea de lo que eran los reyes absolutos por las historias de Luis XIV ó de Carlos III, encontrará pasmosas las afirmaciones de Lope en *Fuente Ovejuna*, v. g.; ¿qué digo de Lope?, las de Calderón en *El Alcalde de Zalamea;* ¿qué más?, y las del P. Márquez en *El Gobernador cristiano*, y las del mismo Alfonso *el Sabio* en las Partidas.

Otro punto más grave es el de la tolerancia religiosa atribuída por el Sr. Vigil á Lope de

Vega, á quien, á pesar de su venera de inquisidor, nos quiere presentar como tan indiferente en materia religiosa, que le importen un ardite las luchas por la Religión y afirme que todos se pueden salvar en cualquiera religión, siquiera sea en la mahometana.

Como pruebas de tan estupendas aserciones, el Sr. Vigil aduce dos pasajes: el uno de *Los milagros de un desprecio*, donde el gracioso, soldado gallina, como solían ser casi todos estos ridículos personajes, volviendo de Flandes y excusando su cobardía, dice:

> Bien mirado, ¿qué me han hecho
> Los luteranos á mí?

El otro testimonio es tan ligero como el precedente. En la comedia *La pobreza estimada*, frente á Aurelio, firme católico, presenta á Audalla, moro escéptico, que cesa de tentar la fortaleza de Aurelio alegando:

> Sigue tu ley y tu Dios,
> Que él sabe cuál de los dos
> Es más razón que se crea.

No es Lope quien en el primer ejemplo habla, y ya protesta él en muchos pasajes de sus obras de no ser suyas todas las palabras de todos los interlocutores de su teatro: el soldado holgazán responda por sí, que Lope bien respondió en obras como *Carlos V en Orán*, *Los*

Españoles en Flandes, *D. Juan de Austria en Flandes*, *El Brasil restituído*, etc., comedias exclusivamente dedicadas á enaltecer las guerras religiosas contra turcos, piratas y luteranos.

De Audalla valdría la misma réplica; mas Lope en esto se ciñó á la historia, que ya en aquel tiempo denunciaba el escepticismo religioso en que habían caído los moros.

El P. Francisco Colín, S. J., que vivió en las Filipinas y narró en su Historia lo que ó había presenciado ó había recibido de los testigos fidedignos, nos afirma lo mismo que Lope de Vega, y tratando de los de Amboino y Ternate, escribe así:

«Irritados los moros terrenates por el bautismo de los naturales ambuenos de aquel pueblo, dieron sobre él con tanta fuerza que los obligaron á buscar su seguridad en los escondrijos de los montes. Allí le amaneció á esta niña la luz del entendimiento y bien acaso, si bien muy de intento de la divina Providencia, oyó decir á sus padres, aun gentiles, que ella era cristiana. Sintió luego en sí grandes deseos de saber los misterios y obligaciones de su profesión..... Oyóla nuestro Señor y trazó que sus padres la llevasen á Terrenate y se aposentasen en casa de una Mora, que en su secta era tenida por virtuosa. Ésta le preguntó un día en qué secta vivía. Respondióle que en la de los cristianos, por haberla bautizado sus padres antes de que tuviera uso de razón. Díjole entonces la Mora: — Pues si sois cristiana, sedlo de veras, que con eso os salvaréis, porque cada uno se salva en su ley, si la guarda.»

He aquí el caso del Aurelio de Lope.

Y añade el P. Colín:

«Este es el dogma errado de los moros» (1).

Cuando el poeta habla por cuenta propia, bien claro que habla.

Entre cien testimonios puede el Sr. Vigil leer y enterarse por sí mismo de un pasaje poco citado, de *El peregrino en su patria*, novela, como es cosa sabida, autobiográfica; allí habla Lope de Vega por boca del peregrino; allí expresa sus ideas por los labios de otros dos peregrinos tudescos, y allí se encomia y encomienda la guerra sagrada de Religión, aunque sin llegarse á la imposición violenta de la Fe; se anatematizan los furores de los reyes protestantes de Inglaterra y se asienta la doctrina justa cerca de la represión de la herejía en las naciones que por ley fundamental tienen la unidad de credo católico.

Después de haber defendido la represión armada hecha del luteranismo por Carlos V; de haber disculpado á este «divino y glorioso Príncipe» de falta de diligencia en pasar más adelante con el rigor, «pues la fe se ha de persuadir y no mandarse»; después de haber lamentado el enojo causado por los rigores en Flandes del Duque de Alba, á pesar de ejecutados con buen celo, y los horrores que produ-

(1) *Labor evangélica*, t. III, pág. 27, ed. Barc., 1902.

cía la persecución en Inglaterra, que no isla, sino «ara» merecía ser llamada; contrapone el desenfreno que la libertad de conciencia en las partes del Septentrión causaba, con la tranquilidad y paz que acarreaba el mesurado rigor del Santo Oficio.

Estas son las palabras de Lope:

«El vulgo, como Salustio dice, deseoso de cosas nuevas y enemigo del ocio, corre por allá más desbocado á la novedad de los errores introducidos, usurpando algunos la dignidad eclesiástica y muchos la de los apóstoles. Éstos no pueden en España alzar la cerviz, puesto que lo intentasen....., porque el freno santo y horror que les causa el gran castigo, los tiene obedientes; y así no vemos cosa notable, porque la nota de infamia, que á todo el linaje se extiende, de aquellos hábitos..... les causa tanto horror que de ninguna manera los ignorantes disputan ni porfían: dos cosas, que entre los que lo son, engendran notables monstruos, y está por la bondad de Dios España tan quieta, que cualquiera ofensa de la Religión recibe cada uno por propia» (1).

Esto es lo que creemos reparable en el Sr. Vigil, y tanto más nos hemos animado á exponérselo lealmente cuanto que quien supo, joven aún, romper prejuicios literarios tenidos por axiomas, sabrá con la lectura sincera y desapasionada del poeta rechazar esas interpretaciones que hoy día nos vienen de Alemania, y que pretenden hacer de Lope, lo que á voces

(1) Libro II, ed. Sancha, t. v, págs. 93-94.

está desechando en todas sus páginas, un hombre, ó hipócrita ó mal avenido con la civilización de su tiempo.

Urge que los católicos y que los que amamos la tradición protestemos antes de que el cáncer cunda y se extienda, como confiamos que lo ha de hacer el Sr. Vigil por toda la América de lengua española.

A eso tiende su libro, y por eso le deseamos larga vida y nuevos aumentos y perfecciones, á fin de que todos los que hablan castellano puedan saborearse con la suavidad del verso de Lope y encenderse en el amor, temple de alma, generosidad y heroísmo de sus altos ideales. Tiene nuestra antigua literatura tal sanidad moral en su conjunto, que hace gran provecho y tonifica los corazones; ¡y cuán necesario sea y urgente esto á la generación enteca y escuchimizada que gusta y rumia los malsanos modernismos franceses, el mismo Sr. Vigil lo sabe y repetidamente lo lamenta!

Gran campaña, pues, la del Sr. Vigil, como es también grande la del Sr. Vázquez y los demás cervantistas, popularizando en América las obras de Cervantes y de Lope de Vega; pues verdaderamente, como escritores amenos, tuvieron dotes egregias del cielo, y también en todo su admirable conjunto, estudiados sin antagonismos pretendidos, son la mejor imagen de aquella grande alma española.